





# LOS COLORES DEL CIELO



Gladys Karlsson

# LOS COLORES DEL CIELO



Primera edición: diciembre de 2021

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Gladys Karlsson

ISBN: 978-84-18958-90-8

ISBN digital: 978-84-18958-91-5

Depósito legal: M-34401-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Para Danny, Jessie y Jimmy.  
Gracias por iluminar mis noches  
y por alcanzarme más estrellas.*



Escribir un libro es una lucha terrible y agotadora, como una larga pelea contra una enfermedad dolorosa. Uno nunca emprendería tal cosa sino se sintiera impulsado por un demonio al cual no se puede resistir ni entender. Por lo que se sabe, ese demonio es simplemente el mismo instinto que hace que un bebé chillara para llamar la atención. Y, sin embargo, también es cierto que no se puede escribir nada legible a menos que uno se esfuerce constantemente por borrar su propia personalidad.

GEORGE ORWELL



En este relato, escrito muchos años después de los hechos, deseo ser lo más fiel a la verdad posible, pero la memoria es siempre caprichosa, fruto de lo vivido, lo deseado y la fantasía.

ISABEL ALLENDE  
*Inés del alma mía*

En el día de su trigésimo quinto cumpleaños, la cantina del colegio está llena de gente sentada ante pequeñas mesas y grupos de pie, fumando frente a la barra. Los profesores llevan traje y sombrero y las oficinistas, entallados vestidos de colores oscuros que les cubren las rodillas. Edelmira y ella están sentadas ante una mesita pegada a la puerta. El descanso de media mañana dura solo veinte minutos y todos se apresuran en terminar sus refrigerios, hablando y comiendo de prisa.

—¿Para qué son los cumpleaños? ¡Para celebrarse! —pregunta y se responde Edelmira sonriendo mientras apura su taza de té.

—No sé... Yo no soy mucho de celebraciones —replica ella, lacónica, pellizcando el bizcocho que compra cada mañana y que nunca llega a terminar.

La alegría y el eterno optimismo de Edelmira la confunden. Para ella siempre será una incógnita cómo puede ir por la vida una persona así, llena de alborozo, obsequiando bromas y sonrisas por doquier, minimizando los obstáculos y las penas, sonriéndole a todos y carcajeándose por cualquier cosa como una niña. En el fondo la conmueve que un simple cumpleaños, *su cumpleaños*, sea motivo de alegría. Que Edelmira haga planes para festejar que hoy ella es un año más vieja, que ya haya programado el coctel y el restaurante y le haya avisado también a Hilda. Que no solo hayan recordado la fecha —este detalle de por sí sería ya más que suficiente—, sino que también quieran agasajarla.

Calla y pellizca de nuevo el bizcocho. ¿Qué podría decirle? En realidad, no me merezco nada, ¿sabes? En la casa la fecha pasará desapercibida y ni yo misma me había acordado...

—¡Ay, mujer, qué aguafiestas eres! ¡El aburrimiento andando...!

—Es que en mi casa no celebramos nada desde que murió mamá —se defiende, pensativa.

—Muy mal, muy mal. Pues, yo sí lo celebro todo —arguye Edelmira abriendo su bolso bermellón y sacando un lápiz de labios y un pequeño espejo redondeado—. Y toda mi familia también. Yo creo que en lugar de enseñarnos

a coser y a bordar en el colegio deberían habernos enseñado a celebrar y a saber vivir los buenos momentos...—hace una pausa estirando los labios para pintárselos y alza el mentón frente al pequeño espejo—. No solo las Navidades y el 28 de julio sino también el Día de la primavera, el de San Pedro y San Pablo...La vida es una celebración, amiga mía.

—Mi madre era así, lo celebraba todo —recuerda ella y un halo de tristeza la envuelve al recordar que después de su muerte, el papá dejó de festejar los cumpleaños de sus hijos y se hizo más huraño. Y cuando murió Blanca fue peor, a partir de entonces vedó todo tipo de celebraciones tildándolas de «innecesarias alharacas». Ahora ninguno de los hermanos se saluda en los cumpleaños, pero han empezado a alargar un poquito la cena de Nochebuena para diferenciarla de una cena cualquiera.

Edelmira la observa de reojo por encima del espejito que sostiene en una mano y lee el desconuelo en sus ojos pardos, pero no se da por enterada. Ya la conoce. Por algo la llaman «la señorita no, gracias». ¿Quieres salir este sábado? No, gracias. ¿Te apetece ir al cine? No, gracias. ¿Nos tomamos un cafecito después del trabajo? No, gracias.

El propósito de Edelmira es convencer a su amiga para salir a comer algo, quizá hacerla beberse un pisco sour y una cerveza, dejar por fin su seriedad de lado y celebrar su cumpleaños; no desanimarla con aciagos recuerdos. Continúa arreglándose las cejas, rizándose las pestañas (que ya tiene bastante rizadas) y, finalmente, coloreándose aún más las mejillas. Echa otra vez un rápido vistazo al rostro pensativo de su amiga y colega.

—A mí, en cambio, me gustaría celebrar todos los días que se puedan celebrar —asegura, guardando todo en su bolso sin perder la sonrisa— El día de los enamorados, por ejemplo.

—¿Cuál es ese?

—¿No lo sabes? Es el día de San Valentín, el 14 de febrero. Se celebra en casi todo el mundo, pero aquí en el Perú llevamos retraso hasta en eso...En algunos países lo llaman el Día de los enamorados mientras en otros se le conoce como el Día de la amistad. El día que celebra la tierna historia de un monje que fue sacrificado en la época de los romanos por casar a jóvenes enamorados...

Las dos se levantan, pero antes de salir Edelmira le pregunta:

—¿Vas a dejar otra vez el bizcocho? —y lo envuelve con delicadeza en una servilleta de papel. Abre el cierre de su bolso y lo empuja dentro como puede, aplastándolo.

Después sonrío de nuevo y la observa con pena. Ella le devuelve la mirada e intenta sonreír. Qué ocurrencias tiene Edelmira. Salen de la cantina y sin decir

más cada una vuelve a su oficina. Se sienta ante su mesa con la idea de salir a cenar por su cumpleaños aún dándole vueltas en la cabeza. Arregla con cuidado la vieja máquina de escribir y se queda varios segundos contemplándola.

¿Por qué no? ¿Qué tiene de malo celebrar un cumpleaños? Para ella es solo el día en que es un año más vieja, un año más que está sin su amada Blanca... Lo que pasa es que una no está acostumbrada, como Edelmira, que quiere celebrar hasta el día de los mosquitos y el de los zancudos... Es la falta de costumbre. No tiene nada de malo divertirse un poco. ¿A quién le hacen daño festejando? ¿A quién herimos si nos animamos un rato, padre? ¿Si nos dejamos llevar por ciertos impulsos y conseguimos esos sentimientos intensos y gratos que deben ser lo que la gente como Edelmira llama *felicidad*, pero que para ella se parece más a una utopía? ¿Esas sensaciones que Edelmira e Hilda parecen ir recogiendo, buscando, encontrando y coleccionando por la vida? Exactamente como Blanca, las mismas cosas que hacían feliz a Blanca. ¿Es todo ese cúmulo de cosas y de sensaciones que ellas describen lo que es *la felicidad*? ¿Estar en buena compañía, charlar de todo y de cualquier cosa con una amiga, ir a la playa a admirar la belleza del mar, saborear con fruición un ceviche o un coctel de algarrobina, bailar sintiendo la música latir en el cuerpo, salir con los amigos, pasear por el campo en primavera, leer un buen libro y sentirse transportada, querer a alguien, reír como antes...?

Porque de no haber sido por la muerte de Blanca tal vez el papá no se habría dejado ahogar por la tristeza. Aunque él siempre fue así, igual que el abuelo Octavio: reservado, melancólico, pesimista... Blanca no, todo lo contrario. Ella iba por la vida bailando con los ojos casi cerrados sin percatarse de los obstáculos, aspirando rosas y cantando *Fumando espero*, aunque no fumaba. Pero quería viajar, esa fue su maldición. En vez de casarse, viajar. En vez de tener hijos, viajar. Esa fue su desgracia y su condena. Nunca cogió un avión ni salió del Perú, pero esa fue su desgracia. Cuando esas ideas locas de viajar se le metieron en la cabeza comenzaron sus avatares. ¡Blanca, hermanita...! ¡Oh, Blanca! Con la muerte de mamá cambió la mitad de mi vida. Y con la tuya, la otra mitad... Ahora ya no tengo nada, ya no me queda nada. No me has dejado nada. Mi vida ha quedado hueca porque éramos una sola, inseparables las dos. Al irte tú se acabó todo. Ya no se oye tu risa de cascabeles, esa que sin querer me contagiabas y que —nunca se lo he confesado a nadie— me hacía percibir algo parecido a eso llamado *felicidad* que ya nunca he vuelto a sentir desde tu partida. Todo ha quedado vacío y sombrío.

El tecleo de las máquinas a su alrededor la vuelve a la realidad. Parpadea y termina con lentitud de asegurar el papel en el rodillo de su máquina de escribir.

Al final se había dejado convencer y —ya antes de irse a casa a almorzar y de escuchar de nuevo a Edelmira hablando de ceviche, pisco sour y pollo a la brasa— aceptó la invitación con fingido desgano y quedó para salir aquella tarde a las seis. Aunque le daba vergüenza confesarlo, salió de su oficina secretamente contenta a esperar a Edelmira y a Hilda, sus únicas amigas. En el fondo le enternecía que recordaran la fecha y que quisieran celebrar su cumpleaños con ella, la que siempre se negaba a salir a ningún sitio y por eso rara vez congeniaba con nadie.

Entonces recordó divertida que Edelmira quería hacer de un día que celebraba el amor un día feriado en todo el país. Qué disparate. A ese paso no se trabajaría nunca. En lo que no estaría pensando sería en tarjetas de corazones sin firma, en cajas de bombones con lacitos rojos ni en cenas románticas consagradas a celebrar justamente aquella fecha porque entonces no existían esas costumbres y el 14 de febrero no era más que un día bonito en el calendario. Desconocía que en el futuro llegaría a ser algo especial en su vida y que lo celebraría (o lo lamentaría durante mucho tiempo) por otras razones.

Solo había pasado un año desde la muerte de su padre y dos desde la horrorosa noche en que se fue Blanca, cuya muerte había precipitado la partida, del hogar de la familia a la casona de la calle Carrión, en donde tenían una huerta inmensa donde solían pasar los fines de semana. Allí el padre creyó que podría vencer su profunda depresión, empezar de nuevo sin el espeluznante recuerdo de su hija y de ese olor a carne calcinada que lo perseguiría hasta sus últimos días.

Aquel hombre bondadoso, íntegro, pero terriblemente melancólico y pesimista, ejerció una gran influencia en sus hijos incluso después de muerto. Una influencia aún más grande que la de su mujer, optimista y soñadora, la que siempre estaba celebrando algo, pero de quien no heredaron la alegría. Quizás porque la leucemia se la llevó muy pronto y de improviso antes de cumplir los cuarenta, no alcanzó a contagiarles su felicidad ni su amor a la vida, medita ella en el baño de la oficina antes de salir. La imagen que el espejo le devuelve es una cara de gesto arisco y ojos tristes; entonces estira los labios hacia arriba y la seriedad desaparece. ¿Acaso va a salir así con esa mueca colgada en el rostro? ¿Pelando los dientes, como decía el papá? ¡Ni que fuera payasa! Cuando sale del baño ya ha recuperado el semblante serio que todos le conocen.

Después de abandonar la casa de la familia, en la que había muerto Blanca, el padre se gastó todo su dinero en los terrenos de la casona no lejos del centro de Trujillo, en donde construyó unas viviendas. Allí les dejó dos parcelas de

dimensiones similares a cada uno de sus hijos y un huerto fecundo (aunque más reducido que el original) para compartir. Y, como si hubiera sentido que ya no podía hacer nada más por ellos ni desprenderse de su tristeza, murió al poco tiempo, muchos años después que su mujer y sin haber recuperado la fe. Se fue dejándoles a sus seis hijos su mesura, pero también su pesadumbre y su pesimismo, y llevándose los pocos recuerdos gratos de su mujer que todavía quedaban en la casa.

Lo que no se llevó fueron las pesadillas. Ella cierra los ojos, intentando espantar el recuerdo. Es finales de mayo; aunque el cielo está cubierto la tarde es cálida por lo que la chompa se le antoja superflua, pero se la pone sobre los hombros, baja los escalones de la entrada al colegio y se detiene para esperar a sus amigas en la acera. El recuerdo no se va.

—¿Por qué quieres viajar en vez de casarte con tu enamorado de toda la vida?

—Yo no he dicho que no me vaya a casar. Solamente he dicho que *todavía* no me quiero casar. Eso lo podremos hacer después.

—¿Y con qué dinero viajarás, si puede saberse, Blanca?

—Estoy ahorrando...

—Con el sueldo de la floristería no llegarás ni a Lima.

—¡Ay hermana, qué agorera!

—Isidro quiere casarse este año.

—Él me quiere, hermana, y sabe que yo lo adoro. Me esperará... O lo venceré para que se venga conmigo.

—¡Pero si él no quiere ir a ningún sitio, Blanca...! Él quiere casarse y tener hijos.

—No. Él lo que quiere es alguien que lo atienda, le cocine y le lave la ropa, como hace su mamá, y que también le dé hijos, lo que no puede hacerle su mamá. Pero yo le daré todo eso, solo que primero quiero ver el Taj Mahal, la Muralla China... Si me alcanza el dinero, también podría ir a España, a ver todo lo que nos describía el abuelo. ¡Se lo he explicado miles de veces a Isidro! Al final terminará por entenderlo, ya verás...

Blanca se equivocó totalmente. Isidro no quiso esperar y puso condiciones. O él o ese estúpido viaje a la India, a la China o a los mil demonios.

—Se le pasará —dijo Blanca—. Solo le estoy pidiendo que espere unos meses, ni que estuviese planeando un viaje a la luna.

Calló que desde hacía ya un tiempo Isidro había empezado a insistir en *la prueba irrefutable de su amor* y ella se había negado.

—Dice que si me acuesto con él, entonces sí esperará —les confesó un día a sus hermanas para ver su reacción; ellas se quedaron mirándola con la boca abierta.

—Ten cuidado, hermanita —le aconsejó la mayor.

—No lo hagas —dijo la segunda, tajante.

Por lo tanto, Blanca calló; se lo contó en secreto otro día, solo a ella, a la única a quien le contaba todo. Eran uña y carne, siempre lo habían sido, no había secretos entre ellas. Tal vez porque Blanca era la que seguía en edad, apenas un año menor, siempre fueron muy unidas. A ella sí le contó que se había acostado con Isidro, que ya le había dado *la prueba de amor* que él tanto exigía, pero decidió que se lo diría a su hermana mayor en mejor ocasión.

—¿Para qué alarmlarla más, justamente a ella, que es tan puritana y que llegó virgen y casi santa a su matrimonio con el inútil de Humberto? ¡Dios mío, mantenerse virgen para que luego te toque un marido así! ¿Se puede tener peor suerte? —se lamentaba Blanca.

Pero el destino no le dio tiempo de compartir el secreto con sus otras hermanas antes de su ruptura. Un día Isidro dejó de ir a verla y veinticinco después se casó con otra. Se largó con otra y te dejó, hermana... Fue el principio del fin. Del verdadero fin, del absoluto, del definitivo, del final que culminó con tu partida.

Traga saliva y se acomoda la chompa que se ha colocado sobre los hombros. El corazón le late fuertemente en el pecho porque el recuerdo otra vez la ha alcanzado y cuando ve a Humberto aparecer por detrás, maldice en silencio no haber salido de la oficina unos minutos más tarde. Su maldita puntualidad. Con el rabllo de un ojo lo ve acercarse y se vuelve hacia la calle, pretendiendo no haberlo visto.

—¿Y se puede saber a quién está esperando la señorita? —pregunta él, burlón.

No le responde, pero por fin el recuerdo de Blanca se desvanece en el aire de mayo.

—Ay, lo había olvidado.. —Humberto se pega a su oído y una tufarada de alcohol la obliga a fruncir la boca y a retirar la cabeza— Es que la *gran secretaria* no habla con el conserje. Perdone, su ilustrísima...

—Vete a tu casa, Humberto. Mira la hora que es, ni siquiera has terminado y ya estás bebido. Un día de estos se lo voy a contar a mi hermana...

Al oír esto el hombre se envalentona.

—¿Me estás amenazando, so mierda?

—No hagas un papelón en tu mismo centro de trabajo. Por lo menos disimula o no durarás ni los tres meses de prueba, como en la fábrica... Piensa en tu mujer y en tus hijos...

—¡Cómo vuelvas a amenazarme...! —grita el hombre muy cerca de su rostro levantando desafiante una mano, pero se detiene al oír una voz.

—¿Qué ocurre, Humberto? ¿Te pasa algo?

Edelmira está bajando lentamente las escaleras sin quitarle la vista de encima.

—Mírala, ahí está, la más puta de todas —murmura Humberto entre dientes antes de retroceder hacia las escaleras y desaparecer dentro del colegio sin mirar atrás.

Al llegar junto a ella, Edelmira le pone una mano sobre un hombro.

—¿Estás bien? ¿Qué le pasa a tu cuñado?

—Nada —responde ella y fuerza una sonrisa restándole importancia al incidente.

Por lo menos el recuerdo de Blanca ya no está. Ni el olor.

—Humberto es un poco raro. No hay que hacerle mucho caso...

—Pero te iba a golpear... Parecía que... ¿No viste que te iba a golpear?

Ella frunce el ceño y pretende sorpresa.

—No, por supuesto que no... Estábamos hablando, nadie le iba a pegar a nadie, Edelmira, no exageres —murmura ofendida, por lo que su amiga calla sin quedar muy convencida. Ella estira los labios como frente al espejo y el semblante le cambia inmediatamente—. ¿Así que te has cambiado de falda? ¿Ropa nueva?

Edelmira lo olvida todo en un instante. Abre los brazos y se da teatralmente la vuelta. Ella contempla, algo incómoda, el trasero empinado de su amiga bajo una apretada falda larga y una blusa con los botones a punto de explotar a la altura de los senos. Edelmira se ha cambiado en el baño de la oficina y se ha repintado los labios de un rojo carmín, pero conserva su bolso bermellón en donde ha aplastado el bizcocho de la mañana, que ya se habrá comido a escondidas (no está permitido comer en las oficinas) antes de salir a almorzar.

—Los zapatos también son nuevos. ¡Si vamos a salir a celebrar, vamos a salir a celebrar! —anuncia sonriente levantando un pie en el aire—. Estoy hecha una rompecorazones, ¿verdad?

Le dedica una media sonrisa por toda respuesta. Jamás podría vestirse como Edelmira y muchos menos maquillarse. Sus amigas suelen quejarse de lo seca y desabrida que es su vestimenta, burlándose de sus faldas anticuadas que siempre le cubren no solo las rodillas sino también las pantorrillas. Se lamentan de la ausencia total de coqueteo y de color en su cara blanca y pálida; le pronostican que por eso se quedará soltera (lo que en realidad ha dejado de preocuparle hace tiempo). Para que le toque un desgraciado como Isidro o un marido como Humberto, prefiere estar sola. Se arregla instintivamente el pelo castaño bien peinado que enmarca un rostro precioso que ella nunca ve así y se acomoda de nuevo las esquinas de la chompa crema sobre los hombros. Se siente simple

junto a su amiga; vulgar y simple. Aprieta el bolso a su falda de estrecha cintura y mira su reloj de pulsera intentando pensar en otra cosa. Las seis y cuarto. Hilda llegará tarde, como siempre.

De pronto un codazo de Edelmira la hace darse la vuelta. El nuevo subdirector, de traje y sombrero negros, ha salido del colegio y se ha detenido al verlas.

—¿Por qué no le decimos que se venga con nosotras? —pregunta Edelmira mirándola con una inconfundible alegría en sus ojos negros por aquella brillante idea que acaba de venirle a la cabeza.

—¡Ni se te ocurra! —responde ella, contundente—. ¡Qué ideas, por Dios!

—¿Por qué no? A lo mejor hasta paga él...

No puede decir más porque el subdirector, que no lleva más de unos meses en el colegio, pero es muy apreciado por todos por su carácter, ya ha bajado los escalones y se ha detenido frente a ellas, quitándose el sombrero para saludarlas. Por todos es sabido que trabaja en aquel colegio porque lo han inhabilitado para ejercer de abogado por problemas políticos, y que ha estado a punto de ir a la cárcel, pero en vez de hundirse en la amargura y en el resentimiento, es bromista y afable; nada de lo que le ha ocurrido parece haber afectado su buen humor ni su cordialidad.

—¿Dónde es la fiesta? —pregunta sonriente con el aire jovial que lo ha hecho popular, observando la llamativa vestimenta de Edelmira, tan distinta a la que llevaba hacía unas horas.

—En ningún sitio —contesta ella sin mirarlo, maldiciendo a Edelmira y sintiendo vergüenza ajena por su falda apretada y su blusa a punto de reventar. Nuevamente le da un rápido vistazo a su reloj, que sigue marcando las seis y cuarto.

—En *El Dorado* —responde Edelmira estirando el cuello y levantando los pechos—. Es que estamos de cumpleaños —añade con una enorme sonrisa, empujando con el codo a su amiga.

—Ah. No lo sabía —dice el subdirector en tono de disculpa y ella siente su mirada y su sonrisa como una plancha candente en la cara—. Habrá que celebrarlo, entonces... —añade buscándole los ojos.

Ella no le devuelve la mirada ni la sonrisa, aunque no puede evitar sonrojarse de oreja a oreja y se vuelve hacia su amiga tratando de controlar su enfado.

—No habrá ninguna celebración; solo vamos a comer pollo a la brasa... —murmura entre dientes y en ese momento una sudorosa Hilda aparece en las rejas del colegio.

—¡No me había dado cuenta de la hora! —exclama la recién llegada jadeando ruidosamente.

Edelmira blanquea los ojos.

—¡Huy, qué cosa la más extraña! ¡Qué preocupadas estábamos porque como tú siempre eres tan puntual! ¿Algún meteorito que se estrelló en tu oficina o un devastador terremoto que no se sintió en ninguna otra parte?

Hilda ignora las burlas de su amiga y deja de jadear en un segundo, en el preciso instante en que sus ojos se fijan en el subdirector.

—¿Y este quién es?

Primero Edelmira y ahora Hilda. Ella se siente más avergonzada, pero no tiene tiempo de —reprender a la recién llegada.

—Me llamo Antonio. Encantado, señorita —se presenta él, con acento de la sierra del norte, extendiéndole una mano.

—Es el nuevo subdirector de estudios le informa Edelmira—. Y estábamos invitándolo a venir con nosotras...

—Y yo estaba aceptando.

—No —murmura ella dirigiéndose disgustada hacia Edelmira.

Se hace un silencio embarazoso.

—Si la dueña del cumpleaños dice que no.. es no —apura Antonio cortando el silencio, —mirándola fijamente. La sonrisa se le ha borrado de golpe—. Qué pasen una buena tarde, señoritas...

—¡No, no, Antonio, espere! —lo llama Edelmira cuando él ya se ha puesto el sombrero y les ha dado la espalda— y luego le susurra a su amiga— No puedes decirle que no venga... Eso no se hace, es de mala educación...

—Pues yo lo hice —masculla ella.

—Parece simpático —opina Hilda—. Déjalo que venga. ¿Qué más da? ¿Figura en su currículo como caníbal o destripador?

Y ella, que ya ha sentido en varias ocasiones la encendida mirada del nuevo subdirector y por eso siempre lo evita, acepta a regañadientes. De haber intuido sus consecuencias habría protestado a gritos, con uñas y dientes, porque aquel hecho inofensivo le marcará el destino y le cambiará la vida para siempre. Nada le habría costado negarse aquella tarde, insistir e impedir que aquel hombre entrara en su vida, pero en el fondo algo más fuerte que ella misma la frenó y no volvió a protestar.

La velada de la tarde de su trigésimo quinto cumpleaños comenzó (todo según el programa preparado de antemano por Edelmira) con un paseo por la Plaza de Armas y un pisco sour en un bar adyacente, mientras hacían tiempo para ir a cenar a El Dorado, adonde llegaron a eso de las ocho. La cena solamente duró un par de horas. El subdirector pagó, tal como Edelmira había pronosticado, y cada uno regresó a su casa poco después de las diez y media.

Ella había aceptado por compromiso el coctel en el bar de la Plaza de Armas, pero se había pedido una gaseosa para acompañar la cena. Azorada, había ignorado los cumplidos y las miradas indiscretas que el subdirector le había dedicado; aunque en realidad había sido galante y muy educado con las tres, riéndose de los chistes subidos de tono que Edelmira no cesaba de contar a pesar de los puntapiés que ella le atizaba por debajo de la mesa.

¿Quizás era solo su imaginación? ¿Qué hombre iba a fijarse en alguien como ella? ¿Seca y simplona, cohibida, blanca como la leche, sin lápiz de labios ni colorete? ¿Y en la tarde de su trigésimo quinto cumpleaños, cuando las otras secretarías del colegio, a excepción de ella y de Edelmira, no pasaban de los veinticinco?

Aquella noche, a solas, en la casa que compartía con su única hermana soltera y con su sobrina, se aseguró a sí misma que solo eran figuraciones suyas. Nadie se fijaba en alguien como ella y mucho menos el subdirector. En la oficina continuaron comportándose con la prudencia de siempre, si bien ella empezó a atender un poquito más su vestimenta y su peinado, a estirar la boca hacia arriba para borrar su gesto arisco y meses después se compró un lápiz de labios y lo escondió, nerviosa de que alguien lo viera, en el fondo de su bolso.

Salieron otra vez los cuatro y él pagó de nuevo. Cuando llegó octubre, Antonio ya había dejado de ser «el señor subdirector» para convertirse en «Antonio», a secas (de tácito acuerdo, solamente fuera del colegio) y ella había empezado a comprarse vestidos hechos a medida y a anhelar sus cumplidos cada mañana en el trabajo. Esto sin confesárselo a sí misma y, por supuesto, sin contárselo a nadie.

En diciembre recibió el primer aviso. Antonio partió para celebrar las Navidades con su familia. Pero, ¿qué se esperaba?, ¿qué se había creído?, ¿qué ilusiones tontas se había hecho? Antonio era un hombre casado y con familia, jamás lo había ocultado. Aquella Nochevieja en que su hermana trabajaba, la pasó mirando la televisión con su sobrina, recapacitó y lloró. Se negó a salir con Hilda y Edelmira; decidió que cuando acabaran los festivos recogería el último vestido que se había mandado hacer y dejaría de una vez y para siempre de pintarse la boca y de hacerse la payasa.

Pero los sentimientos no se fueron. Con pesar y con fingida indiferencia saludaba cada mañana a Antonio, que seguía siendo el que fue antes de irse en diciembre: amable, bromista y educado. Edelmira volvió a idearse la locura de celebrar algo. A ella cualquier cosa le valía; esta vez se inventó la fiesta de Cupido, la del 14 de febrero que, según ella, se celebraba en Europa. Se le ocurrió que había que celebrarlo saliendo de nuevo las tres amigas con Antonio. Como

caía en jueves, ella se negó alegando que tenía que cuidar de su sobrina porque su hermana trabajaba aquella noche. Al día siguiente tuvo que sufrir con amargura la descripción con lujo de detalles de «la lindísima tarde» que sus amigas y Antonio habían pasado.

Para Semana Santa, antes de que él volviera a marcharse a ver a su familia, ya no pudo negarse. Iba a estar más de tres días sin verlo, sin oír su voz, sin ponerse nerviosa cada vez que se le acercaba con algún expediente o le cruzaba la palabra durante los descansos de la mañana. Cuando Edelmira propuso ir a comer sándwiches de pavo a la Juguería San Agustín la tarde del Jueves Santo en que terminaron más temprano, ella aceptó con desgana, pero estaba emocionada. Antonio le invitó el sándwich de pavo, el de lechón que insistió que probase y el jugo de papaya, y ella se azoró al ver que a sus amigas les brillaban los ojos.

—Te ha echado el ojito el Antoñito —se rio Edelmira.

—¿Viste que solo le preocupaba que comieras tú y a nosotras ni caso nos hizo? —añadió Hilda.

—No digan estupideces —las amonestó ella, disimulando a duras penas la agitación que le sacudía el pecho.

Después de Semana Santa salieron otra vez los cuatro, él pagó otra vez y un día cualquiera, a las pocas semanas, le propuso que salieran solo los dos. Aún con aquel aullido en la cabeza repitiéndole que no estaba bien ni era decente salir con un hombre casado y con hijos, ella aceptó. Para una mujer en 1957 muchas cosas, como llevar pantalones, fumar o salir sola, no eran decentes, pero salir con un hombre casado era definitivamente la más despreciable y peor de todas. No para el hombre, claro, aunque fuese él el casado. Al fin y al cabo, Antonio era hombre, podía sufrir cualquier desliz por su naturaleza débil a las tentaciones, sino para ella, que como mujer debía mostrar integridad por todos los poros de su piel y llevar una conducta inmaculada.

Sin darse cuenta, la idea de salir con Antonio empezó a cambiarle los días y se dejó llevar. Ir al trabajo para poder verlo, sentir sus ojos negros puestos en ella y escuchar sus buenos días y sus bromas comenzó a darle un significado a su vida, algo que no había experimentado desde la muerte de su hermana Blanca. De a poquitos, sin pensarlo ni planearlo. Así, el subdirector empezó a ganarse una pizca de su alma, un trocito, luego otro y después un pedazo. Cuando se dio cuenta, Antonio ya le había robado el alma entera. Comenzaron a salir los dos solos y su vida cambió. Por primera vez se sintió bella y volvió a mandarse hacer vestidos a medida. Cuando se miraba al espejo se gustaba. En casa la única hermosa siempre había sido Blanca. Ahora todo había cambiado.

¡Ella también era hermosa! Antonio estaba interesado en escucharla, en complacerla, en preguntarle su opinión sobre esto o aquello: los asuntos del colegio, el color de su corbata, la situación política del país, la inmortalidad del espíritu... Nadie le había hecho tantas preguntas antes. A nadie le había interesado saber lo que realmente sentía, lo que pensaba, lo que quería o lo que soñaba. Ahora, de repente, el mundo entero circulaba en torno a ella.

Cuando llegó mayo salieron de nuevo los cuatro. Antes de despedirse de las tres amigas en la Plaza San Martín, el subdirector se dirigió a ella y la tomó de las manos.

—Te debo tu regalo de cumpleaños —le dijo ante el júbilo de sus amigas, coloradas por los pisco sour y las botellas grandes de cerveza que Edelmira, Hilda y él habían compartido—. No te di ninguno el año pasado y mira, este año tampoco te he comprado nada...

—No tienes que comprarme nada. Nos has invitado la cena —respondió ella, nerviosa y conmovida.

Por alguna razón que nunca llegó a descubrir los recuerdos y las pesadillas desaparecieron durante un tiempo, pero continuó llevándole rosas a Blanca cada domingo después de misa, las flores que su hermana tanto amaba. Dos meses más tarde se percató de que Antonio había cumplido su promesa y le había hecho un tardío regalo de cumpleaños: la había dejado embarazada. El doctor Santamaría le dijo que los vómitos no se debían a ninguna anomalía estomacal, sino que, quien lo iba a decir, a sus años y *sobre todo, soltera y a un paso de quedarse a vestir santos*, estaba preñada. Él se pondría manos a la obra de inmediato, haría llamadas y averiguaría qué hacer con la criatura. No por deferencia a ella sino por la vieja amistad que siempre lo había unido a sus padres y a su familia. Ella advirtió la repulsa que el médico sentía, como si fuera una leprosa infecciosa, y le entró tal bochorno que se encerró en el baño del consultorio, lloró y se lavó la cara varias veces. ¿En qué maldito momento se le había ocurrido acudir al médico de la familia? ¿Qué se esperaba, un abrazo de felicitación? Pero lo peor ya estaba hecho y no era justamente que Santamaría lo supiera y la despreciara, eso era lo de menos. Se había quedado embarazada de su jefe, un hombre casado y con hijos. *Esø* era lo peor.

Era el año anterior a aquel 14 de febrero que marcaría su vida. La época del dictador Manuel Odría, un exmilitar cuyas mayores obras fueron las Unidades Escolares (escuelas públicas de educación primaria y secundaria), universidades, puentes, estadios deportivos y autopistas. Esta época, de gobierno tenazmente derechista y anticomunista, llegó a ser conocida en el Perú como «la época de las grandes obras públicas». El Perú había sido sede del campeonato sudamericano de fútbol, la mu-

jer acababa de conseguir el derecho a voto y el famoso cantante y actor mexicano Pedro Infante había fallecido ese mes de abril. Nada de eso te importa demasiado cuando un hombre casado, tu jefe, te deja embarazada. Y no cuando eres joven; un poquito antes de cumplir los veinte, por ejemplo, para que por lo menos puedas achacarle tus errores a la inexperiencia de tus pocos años, sino cuando ya todos te consideran en los umbrales de la ancianidad, cuando tú misma has dejado de considerarte más o menos agraciada o de fijarte en los hombres y de atisbar con envidia a las parejas. Cuando ya te has olvidado de pensar en cursilerías como el amor o en encontrar a un hombre que se enamore de ti. Y hasta has tenido la ocurrencia de que ya a esas alturas ninguna mujer puede quedarse embarazada porque nadie tiene hijos después de los treinta y tú lo sabes muy bien, no es natural.

Tardó tanto en contárselo porque sabía todo eso, por el miedo y la vergüenza de haberse arruinado la vida, de haber hecho añicos su futuro y el futuro de un hombre casado y con familia propia, y porque desde el primer momento supo que la única culpable era ella misma. Y ya no hubo tiempo de buscar la solución en alguna clínica de Lima desembolsando una cantidad que ella no tenía y que quizás él tampoco. Habría que esperar a que el doctor Santamaría decidiera qué hacer.

Cuando por fin se lo confesó, Antonio se quedó lívido. No dijo absolutamente nada. Ella pensó que necesitaba tiempo y esperó. Una semana, dos semanas, un mes. Continuó asistiendo al colegio y tratándolo de usted cuando se lo encontraba en las oficinas (ya no tan humorista ni abierto como antes) porque dejaron de verse después del trabajo y ella dejó de una vez por todas de ponerse aretes, de pintarse la boca y de colgarse esa falsa sonrisa en la cara, que además nunca le había servido de nada. Comprendió que la felicidad se medía en meses, no era duradera. El abuelo Octavio tenía razón. «La vida es sufrimiento», solía decir las pocas veces que hablaba, ya fuese refiriéndose a algún leve percance, a un resfriado común o a su amada España. Igual daba un esguince de tobillo, la muerte de algún compañero o su nostalgia por las montañas y por los bosques de Baztán. «La vida es sufrimiento», así ultimaba siempre sus reflexiones. Años después comenzó a repetirlo el papá, cuando mamá murió y lo dejó más solo y más triste que nunca. Tenían razón. Ninguna persona normal puede pasarse la vida cantando de alegría, sintiéndose bella cada día, levantándose contenta para ir al trabajo, desbordando optimismo y contando las horas para estar con alguien. Edelmira, y Blanca antes que ella, definitivamente, no entraban en la categoría de normal.

Una mañana, después de varias semanas sin salir juntos, Antonio se acercó para preguntarle si podían verse a la salida. Se puso colorada porque lo dijo en

voz alta, como si hablaran de algún documento, mientras las otras secretarias los observaban. Y lo que era peor, Humberto, que recogía en ese momento unos papeles justamente en esa oficina, también lo oyó y al levantar la vista ella vio que su cuñado movía la cabeza sonriéndole y guiñándole un ojo con regodeo. Se le revolvió el estómago.

Cuando se encontraron junto a las rejas del colegio a las seis, Antonio quiso invitarla a tomar té en algún sitio, pero ella lo rechazó. Su cuñado Humberto había regresado intencionalmente a las oficinas para cerciorarse. Había dado cien vueltas innecesarias por el colegio y al final logró su propósito. *Los cogí in fraganti*, le contaría después a toda la familia y a todo aquel que quiso oírlo. Y todos creyeron que se refería a algún cuartito oscuro del colegio o a alguna escena indecorosa sobre el mismísimo escritorio del despacho del director.

De nada sirvió su negación para ir a tomar té, pero ella pensó que así se libraría de las malas lenguas. Cuando dijo que no, Antonio bajó la vista, tomó una de sus manos entre las suyas sin importarle que el conserje seguía con atención cada uno de sus movimientos mientras se fumaba un cigarrillo. Tal vez alguien más podía verlos, pero a Antonio no le importó. La miró con ternura y le dijo:

—Lo siento mucho y...acepto mi responsabilidad.

A ella le partió el pecho en dos que hablara de todo como de un grave error, pero no lo interrumpió; estaba más consciente del rostro de su cuñado a pocos metros que de su propio dolor o de la conversación con el hombre de quien se había enamorado por primera vez en su vida y con quien iba a tener un hijo. Dios bendito, menos mal que el papá ya no estaba para sufrir una deshonra más, la segunda de sus hijas que tendría un hijo fuera del matrimonio. Menos mal que ya no estaba, se lo habría tomado como un agravio personal y lo habría matado la dolorosa humillación antes que su vieja depresión.

Antonio prometió ayudarla. Siempre, resaltó, *siempre estaría ahí para lo que hiciera falta*. Aunque en aquel momento ella no lo sabía, él cumpliría su palabra. Cuando se despidieron cruzó la calle y corrió hacia la Plaza San Francisco y paró un taxi para evitar que Humberto viniera tras ella.

Esa misma noche, llorando antes de quedarse dormida, supo con certeza que Antonio nunca dejaría a su mujer. Era cierto. Todo había sido un error. La vida es sufrimiento. Él no abandonaría a aquellos hijos que en realidad no eran ya mayores, como había insinuado alguna vez. Aquella noche lloró en silencio cuando se puso a pensar que ningún hijo es adulto e independiente al cumplir los quince o los diecisiete años. Antonio no podría hacerlo, jamás dejaría a su mujer y a sus dos chicos. Ella siempre estaría sola. Siempre. Era su destino y

la condena que debía cumplir por su conducta inmoral y su falta de seso. Lo único que la consolaba era que tenía un trabajo fijo en el colegio y que, por lo menos, Antonio y ella habían esquivado el escándalo. Se lo creyó hasta el día siguiente, cuando todos en la familia supieron por boca de su cuñado que era la querida del subdirector. Ya no se sorprendió tanto un lunes por la mañana cuando llegó, como siempre, un poquito antes de la hora y se encontró con los certificados que le había tomado dos semanas terminar —y que debía entregar aquella misma mañana— atravesados todos por la palabra «puta». Las letras, en mayúsculas, habían traspasado el papel carbón y todos los documentos. Pretendió no haberlo notado, mantuvo el rostro imperturbable y se fue a la oficina contigua a susurrárselo en un oído a Edelmira.

—No les des el gusto de verte desmoronada —le dijo esta con firmeza, para infundirle valor.

—No lo haré —respondió ella, tragándose el llanto.

No lo hizo. Regresó a su escritorio y se dedicó a rehacer todos los certificados, de uno en uno. Solo se levantó tres veces aquel día. Una, para entrar al despacho del director a decirle que llevaba unas horas de retraso y las otras dos, para ir al baño. El director le recordó que los certificados tendrían que estar sobre su escritorio ese mismo día y que ella *siempre había sido muy cumplida*.

—Se los dejaré hoy mismo, señor director —le aseguró mordiendo la parte interior del labio hasta sentir el sabor de la sangre en la boca.

No salió al café de media mañana ni se fue a su casa a comer a la una y media. Cuando todos volvieron a las tres ella seguía frente a su máquina de escribir. Igual que cuando todos se marcharon a casa a las seis de la tarde porque no pudo terminar de reescribir los documentos. La única que se quedó fue ella. Le pidió disculpas al director asegurándole que encontraría los certificados sobre su escritorio cuando llegara al día siguiente. Lo dijo ante la mirada compasiva de Antonio que no podía explicarse cómo alguien tan eficiente como ella no hubiera podido cumplir con la fecha límite. Por fin, a las nueve y cuarenta de la noche terminó los certificados, cuando Humberto ya había entrado dos veces a observarla con cara de curiosidad.

—¿Qué? —se burló—. ¿Es que ya el jefe no te deja tiempo ni para trabajar, comelona?

Ella le pidió que le abriera la puerta del despacho del director y dejó sobre su escritorio los documentos completos.

—Todavía es lunes —murmuró para sí—. He cumplido mi palabra.

Humberto, que solo parecía aliviado de poder, por fin, cerrar el colegio e irse, no le respondió.

Cuando llegó a casa ya pasadas las diez, se encerró en su cuarto y lloró a gritos. La única que la oyó fue su sobrina de ocho años porque su hermana trabajaba, pero no se dijeron nada y la pequeña, aunque la miró con pena, le guardaría el secreto por el resto de su vida.

—Tú estás tan solita como yo —le dijo entre sollozos a la niña—. Pero conmigo podrás contar siempre...

La niña no entendió y optó por sentarse a su lado en silencio y dejar llorar a su tía. Nadie de la familia llegó a saber que alguien tan taciturna, brusca y fría como ella, también lloraba.

Como siempre había sido muy delgada no se le empezó a notar hasta el sexto mes. Para entonces el doctor Santamaría, indignado, la había sermoneado sin tregua y se le echó encima como una fiera cuando ella rehusó firmar los papeles de adopción. La hizo sentirse no ya como una leprosa infecciosa, esta vez la llamó por lo que era: una desvergonzada y una cualquiera, una insensata que con esa estúpida decisión estaba demoliendo su poca decencia y su reputación. Las únicas que la alentaron fueron Hilda y Edelmira. En la familia nadie tocó el tema ni quiso tomar partido.

—Nadie en el colegio lo sabe —le aseguró Edelmira un día para darle ánimos—. No te ha salido ni barriga...

—Nadie lo sabe —repitió Hilda.

—Ni lo sabrán —dijo ella con amargura.

—Claro, si es que consigues librarte de la lengua viperina de tu cuñado... —apuntó la primera, frunciendo los labios—. Aunque quizás ya no le quede mucho tiempo en el colegio... Ya le han llamado varias veces la atención y en dos ocasiones lo han regresado a su casa por estar borracho. Lo siento por tu hermana y por tus sobrinos...

Se dio de baja por enfermedad (con un certificado firmado por el mismo doctor Santamaría) el 14 de noviembre de 1957. Su hermana la consolaba diciéndole que lo único bueno que saldría de todo aquello sería dar a luz a un varón a quien criar con orgullo; y no a una hija, como desgraciadamente le había salido a ella. Así, poco a poco se fue ilusionando, dejó de sentir remordimiento y rabia y empezó a preparar el nacimiento de aquel niño que le cambiaría la vida para mejor y la haría, por fin, feliz. Quién sabe si por él hasta aprendería a sonreír y la felicidad le duraría años y no solo meses. Hizo planes para dejar a su hermana y a su sobrina y mudarse a la casa de al lado y compró la tina, la ropita y los botines celestes de algodón. Una de las pocas veces que Antonio vino a verla hablaron sobre el nombre (que no sería Antonio porque así se llamaba el hijo mayor de él), pero no llegaron a ponerse de acuerdo.